

Carlos A. Manrique
Profesor Asistente
Departamento de Filosofía
Universidad de los Andes

Texto de la conferencia presentada en el marco del "Seminario Michel Foucault", organizado por la red "TJER" en la Universidad Distrital de Bogotá, en Marzo de 2013:

http://www.tjer.org//index.php?option=com_content&task=blogcategory&id=35&Itemid=59

La caja de herramientas de Foucault, para pensar nuestro presente

Permítanme comenzar señalando las dos concepciones de la reflexión filosófica que nos ha legado Foucault, y que están insinuadas en el título. Primero, una concepción de su filosofía como "caja de herramientas"; no como programa, ni siquiera como exhortación o imperativo, y menos como una teoría interesada en conocer de manera imparcial, objetiva, la historia, o lo real; aunque sabemos que Foucault nos dejó enormes intuiciones teóricas para re-pensar los ejercicios de poder y sus efectos sobre los cuerpos, sus modos de desear, de sentir, de pensar; y que nos dejó también, de la mano con estas intuiciones teóricas que lo llevaron a elaborar una muy sofisticada conceptualización entorno a las prácticas y técnicas de poder, una muy sofisticada conceptualización (aunque de esto se habla mucho menos) que buscaba re-pensar la acción política en el contexto de las sociedades modernas de cuya configuración política elaboró una cartografía y un diagnóstico admirables e incomparables (en el sentido amplio del término "político", como el conjunto de los modos de desplazamiento, distribución, operación, de relaciones de poder múltiples y polimorfos en un campo social específico). Pero estas contribuciones teóricas de enorme sofisticación, nunca constituyeron para Foucault la elaboración de una "teoría", sino más bien, la paciente recolección de una "caja de herramientas". Así, ni imperativo moral o político, ni teoría de la historia o de lo real, el modo preciso como el trabajo de Foucault ha de entenderse, sólo en *cierto sentido* como un imperativo, y sólo en *cierto sentido* como una teoría, se modula por esta comprensión de su trabajo filosófico como una "caja de herramientas". Así, al decir de las observaciones que encontramos en la primera clase de STP, el único imperativo que, según él, estaría implícito en su trabajo, sería un imperativo político condicional: *"si quieres luchar, aquí tienes esta caja de herramientas que te puede ayudar a orientarte, para definir estrategias, caminos y modos de acción posibles"*

Esa comprensión de su trabajo me parece fundamental tenerla en cuenta, cuando estudiamos el trabajo de Foucault en un contexto histórico, cultural y político como el nuestro, como el de este país que se llama Colombia, o este continente que se llama América Latina, con su historia, con sus conflictos, con sus luchas, con sus retos, con sus injusticias, con sus dolores, con sus promesas. Porque, y digámoslo así de entrada de modo más o menos tajante, esas sociedades de cuya configuración política Foucault nos dejó una cartografía y un diagnóstico

admirables e incomparables, NO son las nuestras. Esto es necesario e imprescindible tenerlo en cuenta, cada vez que lo estudiamos, cada vez que nos inspiramos por su trabajo. El proyecto de Foucault se encamina, de modo muy estratégico, a comprender las relaciones y ejercicios de poder en el contexto histórico, social y cultural de las sociedades europeas modernas. Es de la historia de los cruces entre la producción de saberes, los mecanismos de un poder normalizador, y la constitución de subjetividades y corporalidades, en estas sociedades europeas modernas, que él ha construido sus detalladas y profundas genealogías (tanto las genealogías del poder en su producción de sujetos, cuerpos, sensibilidades, como también las genealogías de las actitudes críticas que se han enfrentado ante esas formas de poder). Pero es precisamente porque los elementos de esta profunda y rica conceptualización los concibió Foucault ante todo como la consolidación de una “caja de herramientas”, es por eso que podemos nosotros usarlas para cumplir en nuestra reflexión filosófica con la tarea primordial que Foucault le atribuyó a la filosofía como disciplina del pensamiento: la tarea de pensar el presente histórico. Pensar el presente histórico para entender mejor los modos de desplazamiento, distribución y operación, de las relaciones y mecanismos de poder a los que estamos expuestos; pensar el ejercicio del poder en estos términos para entender mejor en qué tipo de sujetos hemos históricamente devenido, acá y ahora, ya, en este presente histórico; y qué formas de experiencia, qué modos de relación con nosotros mismos y con los otros, qué maneras de sentir y de pensar, qué hábitos y disposiciones se han consolidado en nuestros cuerpos, en este devenir histórico atravesado por relaciones y flujos de fuerza, por mecanismos de poder cuyo funcionamiento es muchas veces difícil de entender; pensar el presente histórico para entender mejor en qué tipo de sujetos hemos devenido históricamente, con el fin de poder ubicarnos mejor con respecto a la pregunta: ¿cómo actuar políticamente? ¿Cómo luchar políticamente? ¿Con miras a qué objetivos?

De esta manera es imprescindible que nos preguntemos: *¿cómo usar la caja de herramientas de Foucault para pensar nuestro presente?* Para afilar mejor los contornos de la pregunta, *¿cómo usar una caja de herramientas consolidada en la reflexión sobre otro presente, para pensar nuestro presente?*

Es una pregunta difícil, pero necesaria. Primero permítanme tratar de explicarles por qué considero que es una pregunta difícil; pero para ello distinguiré entre dos posibles niveles de dificultad, una que tiene que ver con cómo responder a ciertas críticas comunes en nuestro medio académico acerca de la pertinencia o conveniencia de extrapolar una caja de herramientas conceptual como la que Foucault se esmeró en afilar y consolidar, a un contexto histórico, cultural y social como el nuestro; y otro nivel de dificultad que tiene que ver con cómo responder a éstas preguntas en un momento histórico como el nuestro en el que el futuro político del país parece estar *hasta cierto punto* en juego en el escenario del proceso de paz entre las FARC-EP y el gobierno nacional. El primer nivel de la dificultad me parece que podemos superarlo sin tanto esfuerzo; el segundo, en cambio, requerirá un análisis más exigente, y más elaborado, sobre al menos dos puntos: primero, la concepción de la acción política que Foucault se esfuerza en articular en términos de “prácticas de la libertad” (para abrir otra alternativa de comprensión de la acción política que no es ni el reformismo jurídico al que apunta

la concepción de ciudadanía del liberalismo político, ni tampoco la revolución efectuada por el proletariado como “sujeto” de la historia al que apunta el marxismo); y segundo, al enfrentar este nivel más exigente de la dificultad, me parece de suma pertinencia tener en cuenta el análisis que hace Foucault del “neoliberalismo” como una forma de gobierno de la conducta de los individuos que no solamente presupone, sino que también busca, producir cierto tipo de “libertad”.

Comencemos, entonces, con el primer nivel de dificultad que surge al confrontar una pregunta como la que acabamos de plantear (*¿cómo usar una caja de herramientas consolidada en la reflexión sobre otro presente, para pensar nuestro presente?*) y que tiene que ver con cómo responder a algunos reparos comunes que se le hacen, desde la perspectiva de un institucionalismo liberal, al intento de extrapolar una caja de herramientas conceptual como la de Foucault para reflexionar sobre nuestra situación ética y política en un contexto histórico, social y cultural como el nuestro. El perfil general de estos reparos muy comunes en nuestro medio asume una concepción teleológica de la historia; asume la modernidad como un proyecto inacabado, o fracasado en nuestro medio; y asume como los signos de este fracaso lo que se describe incansablemente como una institucionalidad Estatal débil y un “Estado de Derecho”, o un “Estado de bienestar” que sólo existe formalmente en la constitución, pero que es enteramente fallido en su realización y ejecución. Quienes explican en éstos términos los múltiples problemas sociales y políticos que aquejan a un país como el nuestro (la violencia política, la delincuencia común, la desigualdad económica, la corrupción que depreda los recursos públicos, etc), argumentan que una perspectiva de análisis y de comprensión de lo político como la que construye Foucault es inocua, si no inconveniente en nuestro medio. Foucault hizo, después de todo, y así se formulan los reparos, una genealogía crítica de los dispositivos de poder-saber y la concomitante constitución de subjetividades y normalización de la vida social, en sociedades europeas donde el proyecto moderno del Estado de Derecho y del Estado de bienestar han efectivamente funcionado, y se han desplegado históricamente de manera más o menos inequívoca. Para ponerlo de manera coloquial, ¿qué nos puede servir un análisis crítico de los mecanismos de poder, las técnicas de gobierno y control social, desarrollado en países con una institucionalidad estatal fuerte y unos mecanismos gubernamentales bastante eficientes (sociedades matemática y geoméricamente ordenadas donde los árboles crecen “cuadrados”, o “rectangulares”), que nos puede servir ese análisis crítico a nosotros que ni siquiera hemos llegado a consolidar una institucionalidad estatal fuerte y eficiente? Uno de los representantes más conocidos en la vida electoral de nuestro país (y no digo la vida política, justamente, porque uno de los esfuerzos de Foucault es deslindar lo político de lo electoral y de lo jurídico, es decir, descabezar al “rey” en el ámbito de la reflexión política que consiste en problematizar drásticamente la primacía de la pregunta “normativa” por el Estado y su legitimidad), uno de estos actores de nuestros espectáculos electorales llamado Antanas Mockus; en una entrevista publicada en el periódico *El Tiempo* en el 2011, Mockus habla de su lectura de Foucault en estos términos que replican casi al pie de la letra el enfoque de estos reparos de la intelectualidad institucionalista liberal de nuestro país a la pertinencia que la caja de herramientas de un pensador como Foucault puede tener en nuestro medio:

“... cuando ya estoy en la Universidad Nacional, leo a Foucault y sus análisis críticos de la disciplina me parecen muy adaptados al mundo francés, donde hay un control social excesivo. Y mi impresión franca y sincera es que en Colombia estamos a kilómetros luz de necesitar una crítica radical de la omnipresencia del Estado, de su omnipotencia o de su carácter insidiosamente autoritario. Y es entonces cuando formulo una idea que será clave a lo largo de mi carrera: que yo voy a ayudar a fortalecer el Estado para que mis hijos, o mis nietos, puedan ser anarquistas. Cuando hay un Estado generalizado de poca obediencia a la ley, la desobediencia civil se vuelve un chiste (Mockus, 2012)”.

O en otras palabras, como algunos otros de nuestros buenos intelectuales demócratas, institucionalistas, liberales, lo han puesto, “primero hay que llegar a la modernidad para pensar en la post-modernidad”. Foucault no es, por supuesto, ni anarquista, ni “post-moderno”, y es más, explícitamente se resistió en múltiples ocasiones al que él consideraba analíticamente inocuo término “post-modernidad”. La importancia de su lectura de Kant, y de la concepción de la “crítica”, de la filosofía como “ontología crítica de nuestro presente”, heredada de su lectura de la concepción Kantiana de la “Ilustración”, nos da indicios de por qué Foucault nunca aceptaría ni el apelativo de “anarquista”, ni mucho menos el apelativo de “post-moderno” que varios de nuestros intelectuales institucionalistas liberales le endilgan, de manera ignorante. Pero lo que es importante acá es que esta concepción teleológica y *modernizante* de la historia, de la mano con la concepción de la “modernidad” como proyecto fallido o inacabado en ausencia de un Estado de Derecho o de Bienestar *realmente* funcional y eficiente, llevan a estos reparos en contra de la pertinencia de una perspectiva sobre lo político como la que Foucault se esmeró en articular. Como dije, no hay que hacer realmente mucho esfuerzo para despachar este tipo de reparos. Justamente, Foucault nos previene de concebir el Estado desde una perspectiva normativista, como un ideal “normativo” (un “deber ser” de las instituciones, de los ciudadanos, y de las relaciones entre éstos) por alcanzar y por realizar históricamente. El Estado es el despliegue histórico de técnicas de poder; el ordenamiento jurídico es uno de los mecanismos que funcionan en el despliegue de éstas técnicas (bien sea disciplinarias, o bien sea bio-políticas o, como Foucault las llama, asociadas a la configuración del “dispositivo de seguridad”). El imperio de la ley (*the rule of law*), el Estado de Derecho tan celebrado por nuestros buenos intelectuales institucionalistas a la Mockus, funciona de acuerdo a objetivos, procedimientos, técnicas que vienen de distintas formas de *gubernamentalidad*, distintos modos como se busca gobernar la conducta de los individuos y regular los fenómenos de la población. Y una de estas formas de *gubernamentalidad* que Foucault analiza con detalle, es la “economía política”, en su evolución desde los fisiócratas hasta el neo-liberalismo de la escuela de Chicago. Así, teniendo en cuenta estas dos profundas intuiciones de Foucault: i) que el Estado no es un ideal normativo a realizarse históricamente, un ideal normativo de validez universal en relación con el cual pueda uno medir el grado de fortaleza o debilidad de un Estado particular, su compleción o su carácter fallido; el Estado moderno es la articulación histórica de técnicas de poder diversas. ii) Éstas técnicas de poder tienen que ver con el desarrollo de la “economía política” desde el siglo XVIII y su creciente papel en el gobierno de las poblaciones; en nuestras sociedades contemporáneas este papel de la “economía política” como forma de saber privilegiada en el gobierno bio-político de las poblaciones, es el papel del neoliberalismo como forma de gubernamentalidad,

como conjunto de técnicas a través de las cuáles se gobierna, se conduce, la vida de los individuos a través de una cierta regulación de la producción de “riqueza” y “bienestar” (de un cierto tipo de “bienestar”) en las poblaciones. Si miramos en las últimas dos décadas el creciente papel que ha tenido esta forma de gobierno “neoliberal” en la configuración de políticas públicas en los distintos órganos de gobierno del Estado colombiano (entre las más recientes de éstas la en buena hora hundida ley de reforma a la educación superior), nos daremos cuenta que, en contra de lo que dice Mockus, no estamos en absoluto “a kilómetros luz”, sino quizás muy cerca, de necesitar una crítica a la omnipresencia del Estado, o al “exceso de control social” que se despliega a través de las técnicas de poder que lo constituyen históricamente. Y nos daremos cuenta también, que el camino a la libertad, no es “fortalecer al Estado para que “nuestros” hijos o nietas puedan ser anarquistas”, sino más bien en darnos cuenta cómo el Estado se configura estrechamente asociado a técnicas de poder en el manejo de la economía, en la gestión de la población, en el disciplinamiento de los cuerpos.....

Y paso entonces acá, al segundo nivel de dificultad con el que tenemos que vérnoslas al confrontar la pregunta acerca de cómo usar la “*caja de herramientas*” de Foucault para pensar nuestro presente. La primera dificultad que consistía en responder a los reparos de nuestros intelectuales-institucionalistas-demócratas, es, dijimos, más o menos fácil de solventar. La segunda dificultad, sin embargo, es bastante más difícil de confrontar, y mucho más exigente. Tiene que ver con nuestra actual coyuntura histórica y lo que seguramente todos acá estamos de acuerdo en considerar como un evento decisivo en relación con la vida política del país: el proceso de paz entre las FARC-EP y el Gobierno Nacional. Sin embargo, hay dos premisas en la convicción que tenemos de que este es un evento crucial para el futuro político del país que, todo hay que decirlo, son premisas que en principio no parecen encajar muy bien en la concepción que tiene Foucault de lo político. La primera de éstas premisa es que, en efecto, hay una diferencia decisiva, cualitativa, entre la guerra y la paz a la hora de pensar la configuración política de los ejercicios de poder en un determinado escenario histórico. Y, la segunda de estas premisas muy relacionada con la anterior, es que en esta coyuntura histórica hay que enfocarse sobretodo, en la pregunta acerca de cómo pasar de ejercicios de violencia ilegales a una normatividad jurídica que garantice una participación política de los actuales agentes de la violencia, y una defensa de los “derechos” jurídicos de sus víctimas. Bien, todo hay que decirlo: es bien sabido que hay dos esquemas fundamentales que Foucault busca construir para re-pensar lo político y los ejercicios de poder descabezando al “rey” en la filosofía política, es decir, distanciándose del privilegio de la pregunta normativa por la legitimidad del Estado y su institucionalidad, pregunta que él asocia a un “modelo jurídico de la soberanía” incapaz de dar cuenta de cómo se ejercen y cómo funcionan los mecanismos de poder en las sociedades modernas. Uno es el “modelo bélico”, y el otro es el modelo del “gobierno de la conducta”. En contra de lo que sostienen algunos intérpretes, no considero que haya una ruptura radical entre éstos dos esquemas de análisis, sino que son muchas más las continuidades. Según el primer modelo, lo importante es pensar las relaciones de poder como desplegándose en un campo de fuerzas en incesante movimiento, más horizontal que vertical, no emanando desde un centro unívoco (la soberanía del Estado), sino desplegándose a través de puntos diversos, puntos que pueden operar tanto de “apoyo” para

reforzar una relación de poder, como de “dislocación” para revertirla, re-direccionarla; y no actuando de manera fundamentalmente represiva o prohibitiva, diciendo “NO” o trazando límites que no se deben franquear, sino de manera productiva, encaminadas a producir cierto tipo de identidades, de formas de ser, de pensar, de sentir; y pensar que en este campo de fuerzas en perpetuo movimiento y devenir, el “poder” no es algo que un individuo posea y pueda transferir (en esa acción colectiva y recíproca mitificada en la idea de “contrato social”), sino que es algo que lo constituye de cierta manera y lo hace ser un cierto tipo de sujeto. Si con el modelo bélico lo fundamental para Foucault es pensar los ejercicios y relaciones de poder por fuera del esquema vertical, contractual, unitario, estático, y prohibitivo del Estado soberano como respuesta a una pregunta *normativa*, para pensar estas relaciones de poder como horizontales, reversibles, productivas... con el intento de pensar el ejercicio del poder en términos del gobierno de la conducta, por otra parte, Foucault busca sobretodo marcar la distinción entre “una relación de poder”, y una relación de violencia o de dominación. La relación de poder presupone un cierto uso de la libertad, pues, como dice Foucault, debe pensarse como una acción sobre otra acción. La relación de violencia o dominación, por el contrario (dar muerte, secuestrar, impedir la movilidad física del cuerpo o violentarlo de manera directa) restringe hasta tal punto el campo de acción posible, que no puede ser ni siquiera pensada como relación de poder. En ambos modelos de análisis del poder (el “bélico” y el del “gobierno de la conducta”), sin embargo, Foucault parece enfocar sus reflexiones en una dirección muy distinta a la de las preocupaciones que tenemos nosotros frente a un evento histórico como el actual proceso de paz, pues sostiene que el problema político fundamental no es tanto el paso de la guerra a la paz, sino la des-sujeción en el campo de fuerzas en perpetuo devenir con respecto a la identidad que las relaciones de poder en ese campo nos confieren como sujetos; y en la segunda instancia, sostiene que el problema político fundamental no son, como él las llama, las “prácticas de liberación” que buscan interrumpir relaciones de violencia y dominación (a través, por ejemplo, de la reivindicación jurídica de ciertos “derechos”), sino las prácticas de libertad a partir de las cuales ciertas relaciones de poder se pueden re-configurar, revertir. Para responder a la pregunta que nos hemos planteado como hilo conductor de esta reflexión, a saber, *¿cómo usar la caja de herramientas de Foucault para pensar nuestro presente?*, tenemos que preguntarnos, entonces, hasta qué punto, incluso en un escenario como el de la actual coyuntura histórica del proceso de paz, podemos pensar que el problema político fundamental es el de la des-sujeción con respecto a una tecnología de relaciones de poder que nos hace ser un cierto tipo de sujetos; y el de la reconfiguración de las relaciones de poder a través de las cuales se gobierna de cierto modo la conducta de los sujetos, con el fin de defender otras formas de vida posibles (la “des-sujeción” y la defensa de otras formas de vida posibles frente a las técnicas y mecanismos como actualmente se gobierna nuestra conducta, y no tanto cómo dar el paso de la guerra a la paz, o cómo interrumpir ciertas relaciones de violencia y dominación, o reparar, por ejemplo, jurídica y materialmente a las víctimas que las han padecido)?

Acá, y con miras a esta coyuntura histórica del actual proceso de paz, creo que sí nos enfrentamos a un gran reto cuando abordamos la pregunta acerca de *cómo usar la caja de herramientas de Foucault para pensar nuestro presente*. ¿Podemos

en esta coyuntura usar esa “caja de herramientas” para situarnos mejor estratégicamente con respecto a cómo funcionan y se ejercen los mecanismos de poder, y con respecto a cómo actuar políticamente, a pesar de que en su horizonte metodológico y conceptual Foucault desestabiliza, o al menos niega la prioridad en el análisis de lo político, a la oposición entre la guerra y la paz, y a pesar de que sostiene que la acción política ha de orientarse fundamentalmente hacia las “prácticas de libertad”, esas prácticas orientadas a la transformación de nosotros mismos, y no tanto hacia la “liberación” de relaciones de violencia y dominación?

No solamente pienso que hay que responder “sí” a esta pregunta, sino que, además, hay intuiciones profundas en el trabajo de Foucault que son esenciales para orientarnos en nuestro presente histórico. Lo primero es que por centrar nuestra atención, como es por lo demás debido, en las violencias sobre los cuerpos que se ejercen en la guerra de armas, no podemos desviar nuestra atención sobre las violencias, distintas, de otro tipo, que se ejercen sobre los cuerpos a través de las técnicas diversas con que se tiende a gobernar nuestra conducta y a producir en nosotros ciertas disposiciones, ciertas estructuras de las sensibilidades, ciertas formas de percibir y de pensar. ¿Cómo pensar y estar alertas frente al despliegue de estas violencias estructurales, una vez que una guerra de armas termina? En relación con esta pregunta recuerdo que cuando se abrió el proceso de paz con las FARC, había algunas voces moderadamente escépticas (entre las cuales me cuento), que al pensar cuál podría ser la “intención” de fondo del gobierno de Santos para adelantar estos diálogos de paz con la guerrilla, llegaban con prontitud a la conclusión que los mismos discursos de Santos sobre el tema confirmaban: el crecimiento económico; la paz es necesaria para disparar el crecimiento económico del país. Ahora bien, Foucault, por supuesto, nos previene de pensar los efectos políticos de las configuraciones institucionales o las decisiones de política pública en términos de las intenciones de los reformistas (el ejemplo más claro es su análisis de la transformación del sistema penal, a contrapelo de las “intenciones” humanitarias de los reformadores); pero no se trata acá de las intenciones de Santos como gobernante, sino de cierta racionalidad gubernamental que la subyace. No soy economista y entonces sólo puedo hablar acá hipotéticamente. Supongamos (y creo que hay buenas razones para hacerlo si uno piensa en otras iniciativas del gobierno como la en buena hora enterrada ley de reforma a la educación superior) que hay una cierta orientación “neo-liberal” en las decisiones de política económica que, a su vez, subyace la orientación de la política pública de este gobierno. Si ese *fuera* el caso, entonces hay que tener mucho cuidado con respecto al modelo de desarrollo económico que se buscaría impulsar con la “paz”. Este modelo puede conllevar no sólo una distribución inequitativa de la riqueza, sino más aún, puede ir de la mano con la producción de cierto tipo de sujetos, ciertas formas de ser, de pensar, de sentir, de relacionarnos con nosotros mismos, con los otros, con los recursos naturales. Así fue como analizó Foucault el neo-liberalismo en su curso de 1979 el NB-P, como un cierto tipo de racionalidad gubernamental que busca conducir de cierta manera la conducta de los seres humanos, inscribiendo en los cuerpos, las disposiciones y las sensibilidades una cierta “identidad”, una cierta orientación del deseo: el “*homo economicus*”, individuo mónada que maximiza sus utilidades y cuya libertad consiste fundamentalmente en la libertad del productor y el consumidor que maximiza su beneficio; o como también lo llamó Foucault, el “empresario de sí

mismo". Ahora bien, esta forma de sujeción, los efectos de esta técnica de gobierno de la conducta de los individuos en el manejo de los fenómenos de la población a través de la "economía política" (que es como Foucault piensa el "neoliberalismo"), es paradójica, según Foucault, porque en cierto sentido produce libertad. Cierta tipo de "libertad"; la libertad del consumidor-productor ante las alternativas que el mercado le ofrece como agente económico; y quizás también, la "libertad" del "elector" en las campañas electorales crecientemente determinadas por las inversiones publicitarias y el poder de las encuestas; fue justamente por eso que Foucault insistió en que era necesario re-pensar la "libertad", y evitar oponer como se hace en el discurso del liberalismo político la libertad a la dominación, o la libertad al ejercicio de la violencia física de unos cuerpos sobre otros. Esta libertad negativa definida como ausencia de coerción directa sobre la acción a través de la fuerza, no es suficiente para pensar los caminos de la resistencia política en sociedades donde las racionalidades y técnicas del gobierno de la conducta presuponen, justamente, la producción de un cierto tipo de libertad: la libertad del "homo economicus" como consumidor, la libertad del "homo juridicus" como elector, libertades que paradójicamente, se vuelven tan fácilmente datos estadísticos utilizados en las medidas privadas y públicas para gestionar y controlar los fenómenos de la población, e indirectamente la conducta de los ciudadanos. Ante una tecnología de poder que gobierna la conducta produciendo un cierto tipo de libertad (y así es como F piensa en el neo-liberalismo como racionalidad gubernamental), la pregunta crucial ya no es cómo *liberarnos* de la violencia física o la dominación directa a través de la fuerza, sino cómo poner en juego y ejercitar nuestra libertad con el fin de mantener abierta la posibilidad de transformar nuestros modos de ser, de pensar, de sentir, de relacionarnos con nosotros mismos y con los otros. Creo que en muchos movimientos sociales en el país hay este reclamo, este impulso por cambiar nuestra manera de trabajar, de relacionarnos con los otros y con los recursos naturales, cambiar nuestra manera de relacionarnos también con nosotros mismos, de pensar, de sentir, de desear. Y es en este nivel de "transformación" que Foucault piensa cuando habla de la prioridad de pensar la acción política en términos de "prácticas de libertad", más allá de la "liberación". Y es esta intuición de Foucault, creo, la que es fundamental para pensar nuestro presente, incluso en la coyuntura del actual proceso de paz; tenemos que estar alertas de que este proceso, en el que estamos todos con razón esperanzados, no sea parte de una estrategia política para imponer un cierto modelo de desarrollo económico "neo-liberal" en el país, y con éste, desplegar quizás de manera más desatada una serie de técnicas de poder que tienen como efecto hacer de nosotros un cierto tipo de sujetos: hacernos trabajar de cierto modo, hacernos desear de cierta manera, hacernos pensar en nuestro futuro y en nuestra relación con los otros de cierto modo; técnicas de poder que actúan en los cuerpos, sujetándonos con una cierta identidad del deseo, de la sensibilidad, de la inteligencia. Ante este riesgo hay que estar alertas, y quizás para ello hay que enfatizar, profundizar, todo un registro de la acción política de algunos movimientos sociales de nuestro que, alzados en contra de las "locomotoras del desarrollo", afirman la posibilidad de pensar y realizar otras formas de vida posibles, otros proyectos de país. La acción política orientada no tanto hacia la reforma jurídica, no tanto hacia la transformación del Estado, sino sobre todo hacia la transformación de nosotros mismos, y nuestros modos de ser, de pensar, de sentir, de desear, esa acción política que Foucault pensó en términos de "prácticas

de libertad” será quizás necesaria para resistir la gubernamentalidad neo-liberal después de la paz.